

Comentarios

Décimo aniversario de Monseñor Romero: una tradición en marcha

Este año, el 24 de marzo, se ha cumplido el décimo aniversario del asesinato-martirio de Monseñor Romero y se ha celebrado de manera especialmente significativa. Lejos de decaer, la presencia de Monseñor Romero se agiganta en El Salvador y en todo el mundo.

El símbolo del "décimo" aniversario, y el que todavía esté muy reciente el asesinato-martirio de los jesuitas de la UCA, explica en algo, indudablemente, la masividad y la calidad de las celebraciones. Pero es, sobre todo, el mismo Monseñor Romero el que fuerza a celebrarlo cada vez más y mejor, pues mantener y poner a producir su espíritu es más beneficioso y más necesario que nunca.

En lo eclesial, la arquidiócesis de San Salvador se ha esmerado en que ésta haya sido una celebración solemne. Mons. Rivera pidió a todas las parroquias que se preparasen con novenarios. Organizó en el Hospitalito un triduo de reflexión teológica sobre Monseñor Romero con la presencia de obispos de diversos lugares. En la misa del 24, en Catedral, hubo dieciséis obispos, casi un centenar de sacerdotes y millares de personas, a los que se añadieron otros millares más fuera del templo. Ese mismo día, Mons. Rivera anunció el inicio formal del proceso canónico que deberá llevar a Monseñor Romero a los altares. Y, quizás lo más significativo, este año la arquidiócesis ha publicado el *Diario pastoral* de Monseñor Romero en el que dejó constancia de su portentosa actividad

pastoral.

Otras muchas celebraciones religiosas ha habido este año. En lugares de desplazados y en perdidos cantones se han hecho vigiliias en honor a Monseñor. En la capilla de la UCA, dedicada a Monseñor, se celebró de víspera una eucaristía en su recuerdo y en el de los mártires de la UCA. En ella habló don Pedro Casaldáliga y dos obispos italianos, uno de los cuales dijo con toda naturalidad: "Hemos venido aquí a convertirnos, a agradecer y a aprender".

Con ocasión de este aniversario, Monseñor Romero se ha hecho también presente en la realidad histórica salvadoreña y en lo más hondo de ella: el anhelo de paz. Así, el Comité Permanente del Debate Nacional por la Paz realizó la víspera una asamblea pública a la que asistieron 69 fuerzas sociales —diez más de las que asistieron a la asamblea fundacional en 1988— y el día 24, el Comité organizó una marcha por la paz hasta Catedral, donde los manifestantes se unieron a la celebración litúrgica. En la marcha participaron obispos de iglesias cristianas y millares de personas. En la Catedral, Mons. Rosa agradeció públicamente la presencia y participación de estas fuerzas sociales, sindicales, populares y estudiantiles. Y Mons. Rivera se alegró de su participación y de que todo transcurriera con paz y normalidad. Esa fue la presencia de Monseñor Romero en su pueblo, en el duro y necesario trabajo por la paz que tanto esfuerzo y tanta sangre ha costado ya.

Las celebraciones muestran también la presencia universal de Monseñor. Al país vinieron obispos de varios países de América Latina, Estados Unidos y Europa, teólogos como Gustavo Gutiérrez, representantes de varias fundaciones, numerosos grupos de solidaridad y cientos de cristianos y seres humanos que se sienten atraídos por Monseñor. Esta vez, además, todos fueron recibidos con naturalidad y cariño. Obispos como Casaldáliga —visto con gran sospecha en otros viajes al país— y como Ivo Lorscheider, y teólogos como Gustavo fueron invitados a hablar en público y fueron reconocidos como grandes testigos de la fe.

En otros países han sido innumerables las celebraciones, bien preparadas y muy concurridas. En San Francisco, por ejemplo, 2,500 personas llenaron la Catedral y alrededor de 9,000 participaron en una marcha por la paz en El Salvador. En otros lugares, dicen, la celebración del 24 de marzo es lo único que ha sido capaz de aglutinar y poner de acuerdo a los diversos grupos cristianos.

La celebración de este 24 de marzo, cristiana y salvadoreña, local y universal ha sido, pues, impresionante y lo que hay que preguntarse es por qué. La razón fundamental no está en que este año haya habido una mayor voluntad y una mejor organización —lo cual es ciertamente el caso en la arquidiócesis— sino en que Monseñor Romero fuerza objetivamente a ser recordado, agradecido y celebrado; y con cada año que pasa, no sólo no crece esa fuerza intrínseca de Monseñor, sino que se acrecienta. En otras palabras, Monseñor Romero ha creado ya una tradición, de modo que su presencia en la historia no depende ya sólo de intenciones y voluntades, sino que es presencia objetiva que se hace notar y fuerza a ser puesta en palabra.

Signos exteriores de que se ha generado esa tradición es que a la figura de Monseñor acompañan ya los signos de toda gran tradición religiosa o secular. Se han "santificado" ya los lugares de Monseñor: su tumba en la Catedral, y el Hospitalito donde derramó su sangre, lugares a los que muchos acuden como en peregrinación, con verdadera devoción. Se ha "santificado" su tiempo, el 24 de marzo, fecha que posee ya identidad propia y su evocación propia; para la que se prepara la

gente con dedicación, cariño y devoción. En algunos lugares de El Salvador se prepara a los niños para que ese día empiecen a conocer a Monseñor. Se ha "santificado" su persona a la que se agradecen "milagros" y también prodigios morales: fuerza para la conversión y ánimo para seguir en el difícil camino del compromiso. Y se la ha "santificado" también en todas las manifestaciones con que el espíritu humano quiere mantener presente a los hombres y mujeres que lo han impactado hondamente: publicación de sus escritos, de biografías y estudios, de estampas y afiches, composición de cantos y poemas y —ahora— de películas, de obras de teatro, y hasta de una pequeña ópera.

Todos estos signos exteriores muestran que Monseñor Romero ya ha sido "santificado," "sacralizado" en el lenguaje de las tradiciones religiosas. Y muestra que ya ha creado tradición. El contenido de esta tradición es, fundamentalmente, la vida, obra y destino del mismo Monseñor —el Monseñor Romero histórico, pudiéramos decir— porque todo ello sigue siendo muy relevante en la actualidad. El Monseñor, hombre de Dios y hombre de este mundo, el Monseñor que decía la verdad, desenmascaraba la mentira y denunciaba la injusticia y la opresión, el Monseñor con entrañas de misericordia hacia los pobres, que arriesgaba todo por defenderlos y exigir justicia para ellos, el Monseñor fiel y libre hasta el final, sin admitir protección personal, el Monseñor mártir por la causa de Dios y de los pobres, el Monseñor amoroso y el Monseñor gozoso de ser y vivir así...

Ese Monseñor concreto es lo que se quiere comunicar de generación en generación porque en él siguen viendo creyentes y seres humanos modelo y camino de humanización y de fe en un mundo deshumanizado y de ídolos. Ese Monseñor es el que es transmitido como "la aparición de la benignidad de Dios", como alguien que "pasó haciendo el bien", como "la buena noticia de Dios" en el mundo de hoy.

Y ese Monseñor, que es entregado año tras año, ha generado una tradición específica. Es una tradición universal porque ha sido recibida por muchos en todo el mundo, creyentes y seres humanos: ambos ven en Monseñor Romero principio de

humanización en el concreto mundo de hoy, y los creyentes, principio de una fe que hoy sigue humanizando y divinizando. Es una tradición salvadora y cristiana porque ha sido recibida por salvadoreños que padecen la realidad y quieren transformarla, y por cristianos que ven en su fe el modo adecuado de vivir hoy ambas cosas. Es una tradición local y católica, generada en la localidad concreta de un pueblo crucificado, simbolizado en Monseñor, y que atrae a otras iglesias para solidarizarse con él, para dar y para recibir. Por ello es muy importante recalcar que quienes vienen a El Salvador visitan, a la vez, la tumba de Monseñor y los lugares reales de cruz del pueblo salvadoreño. Es, por último una tradición corporativa porque Monseñor, ya en vida y sobre todo después de su martirio, es como la cabeza de todo un cuerpo, el símbolo de todo un pueblo, salvadoreño, centroamericano, latinoamericano. Monseñor Romero representa a muchos, a los pobres sobre todo. Si en vida fue "voz de los sin voz", en muerte se ha convertido en "nombre de los que se han quedado sin nombre". Y representa a muchos también que han optado por los pobres, que han puesto su vida

a su servicio y que la han dado por defenderlos. Por ello, la tradición de Monseñor Romero es tan poderosa, porque muchos se ven reflejados en él y muchos se sienten inspirados y animados por él.

Esta es la tradición de Monseñor Romero. Incorpora a Monseñor, sí, pero prosiguiendo su obra. Por ello es tradición poderosa y sigue creciendo. Junto a ella, persiste el rechazo a Monseñor de muchos poderosos. Persiste también, tristemente, el malentendido hacia Monseñor de gente sencilla a quien han inculcado para que lo tengan todavía hoy por sospechoso y comunista. Persiste el silencio incomprensible de otros —también, escandalosamente, de una parte de la jerarquía. Pero nada de eso quita que se pueda hablar ya de la tradición de Monseñor Romero, de algo objetivo que ha quedado en la historia como don y gracia de Dios. Quien nace hoy en El Salvador, y en muchas otras partes del mundo, tiene que contar ya con Monseñor, cuyo espíritu se transmite año tras año. Tiene y puede contar ya con una fuerza objetiva que lo inclina al bien, así como tantas otras lo inclinan al mal.



Y digamos para terminar, que no hay que sorprenderse de que así sea. Ignacio Ellacuría decía que "con Monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador". A muchos no les gusta escuchar estas palabras, pero otros muchos están convencidos de ello. Y si así es, si Dios pasó por este mundo con Monseñor, no es de extrañar, sino de esperar, que

haya dejado huella duradera entre nosotros. A esta huella de Dios en nuestro mundo es a lo que llamamos la tradición de Monseñor Romero.

J. S.

